

thumiano, el arbusto que produjo, que aun está en el patio del monasterio lleno de vigorosas ramas, que son como un continuo testimonio del mérito de la obediencia y del poder de la fé. »

DISCIPLINA MONASTICA DE LOS SOLITARIOS
DEL EGIPTO¹.

Hemos dicho que el bienaventurado Casiano, después de haber visitado à los solitarios de Egipto y de los desiertos vecinos, y de haberse instruido en su disciplina, como lo estaba ya en la de la Palestina y Mesopotamia; por fin paró à Marsella en donde fundó el célebre monasterio de san Victor. Castor obispo de Apt, que había establecido un monasterio en el vecindario de su ciudad episcopal, queriendo dar à los monjes que allí había reunido una regla que pudiesen seguir con uniformidad, se dirigió à él para saber la disciplina que había visto practicar à los solitarios de la Palestina y del Egipto, y que él mismo hacía observar en su monasterio de Marsella, lo que nos ha procurado sus *Instituciones monásticas* y sus *Conferencias*, con las cuales nos enseña las costumbres y la doctrina espiritual de esos grandes maestros de la vida religiosa; obra que siempre ha sido muy estimada de santos y sabios, y si se exceptúan algunas ideas sobre las materias de la gracia, que la Iglesia después de mucho tiempo ha condenado y que este célebre escritor sostuvo antes que la iglesia definiera sobre ello.

Daremos aquí el resúmen de sus *Instituciones* que contienen la disciplina monástica de los monjes de Oriente,

¹ Casiano.

principalmente de los de Egipto y de los otros desiertos del Africa; ellas siempre nos instruirán más en las santas costumbres de esos fervientes religiosos. Esta obra se divide en doce libros, tratando los cuatro primeros de la disciplina, y los otros de los vicios capitales, de sus causas y de los medios de curarlos.

En el primer libro habla del hábito de los monjes, empezando: 1° Por el cingulo, con el cual dice que un religioso siempre debe tener ceñidos los riñones, como un soldado de Jesucristo que siempre está preparado para el combate; lo que confirma por extenso con el ejemplo de los profetas y apóstoles.

« La escritura, dice, nos hace ver que aquellos que en el Antiguo Testamento echaron los primeros fundamentos de esta profesión santa, como Elías y Eliseo, llevaron un cingulo. Vemos enseguida que los príncipes y los primeros Santos de la nueva ley, San Juan, san Pedro, san Pablo y otros también lo llevaron durante su vida. »

2° Pasando luego al hábito monástico, dice que el religioso en sus vestidos no debe buscar más que cubrirse simplemente y defenderse contra el frío, y no nutrir su vanidad, ni satisfacer su orgullo... Que estos vestidos deben ser tan ordinarios, que nada tengan ni en su color, ni en la novedad de su forma que los haga singularizar entre las otras personas de la misma profesión. Que en ellos se debe evitar de tal manera toda suerte de afectacion, que no se busque un desaliño y una bajeza demasiado estudiados... Que por esto los mas sabios de entre estos anacoretas siempre han despreciado este hábito de piel llamado *cilicio*; que han creído que era demasiado singular, y que pudiendo ser demasiado notado por los otros, no servía para el bien de las almas y podía causar la vanidad... Que si se hallan personas de gran piedad que han llevado este vestido, no se debe establecer una regla general por aquello que un pe-

queño número de personas ha practicado. Que esto ha sido un privilegio particular de su excelente virtud ; pero que su práctica en esto no debe prevalecer sobre la regla común y establecida por los ancianos. »

Casiano, hablando aquí del *cilicio*, no pretende condenar aquel que los santos penitentes ocultan bajo sus hábitos y llevan pegado sobre la carne para mortificarla ; sino que sólo reprueba un hábito que se lleva por encima compuesto de piel de camello ó de cabrón, que puede ocasionar la vanidad, ó quitar la libertad de trabajar.

3º Enseguida habla de la cogulla y dice : « Que el hábito de los solitarios de Egipto tenía cosas que no habían sido instituidas tanto para la comodidad del cuerpo como para la formación de las costumbres, á fin de que hallasen en la misma forma exterior de su vestido, objetos que los excitasen á guardar la simplicidad y la inocencia de la vida. Que llevaban día y noche pequeñas cogullas que descendían de la cabeza sobre lo alto de las espaldas y que cubrían solamente su cabeza, á fin de que se acordasen de imitar continuamente la inocencia y la simplicidad de los niños, llevando el mismo hábito y el mismo velo que ellos. »

4º Dice también que llevaban pequeñas túnicas de lino cuyas mangas no descendían más que hasta el codo, para enseñarles á recortar las acciones del siglo y á morir á la tierra. Que también tenían dos pequeñas bandas de lana que, descendiendo de lo alto de las espaldas, se separaban y venían á unirse sobre el pecho cerrando el hábito y apretándolo sobre el cuerpo, para que tuvieran el brazo libre para toda suerte de trabajo. Que aun por encima de esto tenían un pequeño manto que cubría el cuello y los hombros, cuya forma estrecha y grosera materia les era una lección de pobreza y humildad. Y que en fin la última parte del vestido era una faja de piel de cabra ó de oveja, lo que indicaba que los solitarios debían mortificar sus pasiones,

sin permitir que les quedase nada de los arrebatos de su juventud y de su ligereza pasada.

5º Dice además que llevaban un bastón cuando viajaban, á imitación de los santos del Antiguo Testamento (IV. Reg. 4, 29), para advertirles que jamás deben marchar sin las armas espirituales al medio de los vicios, que como perros ladran sin cesar al rededor de nosotros tentándonos ; sino que los deben arrojar lejos de ellos con la señal de la cruz, el recuerdo de la pasión del Salvador y la imitación de sus sufrimientos.

6º En fin dice que ordinariamente andaban á piés desnudos, á no ser que el rigor del frío en las mañanas de invierno ó los excesivos calores del mediodía durante el verano, ó la debilidad del cuerpo les obligase á cubrir la planta del pié con las sandalias, que no obstante se quitaban cuando celebraban ó recibían los santos misterios ; y esta desnudez de piés les enseñaba que siempre debían estar preparados para correr en la carrera espiritual, abandonando los cuidados del siglo.

Después que Casiano en su primer libro ha dicho cuales eran los hábitos de los solitarios, en el segundo habla del reglamento para las preces y los salmos y de que manera se portaban allí. Al principio dice que la costumbre no era uniforme en todas partes. Que había quienes siguiendo más bien su celo que la ciencia, habían establecido sobre esto prácticas diferentes ; creyendo algunos que convenía decir cada noche veinte ó treinta salmos ó aun más, y prolongar la oración con el canto de las antifonas y de otras oraciones. Que en consideración á los oficios del día era necesario igualar el número de los salmos al de las horas, y decir tres en tercia, seis en sexta y nueve en nona. Pero añade que convenía concretarse en esto á la costumbre que se guardaba desde su tiempo en todo el Egipto, como fundada en la tradición de los ancianos, que la habían aprendido,

no de los hombres, sino por ministerio de un ángel.

Luego ésta era una tradición que los primeros Padres de la soledad de Egipto habiéndose reunido para deliberar que orden y que número de oraciones se debía de establecer para cada día en el monasterio á fin de trasmitir á los que vendrían después de ellos una regla fija sobre el objeto y prevenir con esto toda semilla de discordia y de envidia, ó de celo indiscreto; habiéndose, digo yo, reunido para esto, cada uno se dejaba llevar por el ardor de su celo sin acordarse bastante de la flaqueza del común de los solitarios, los unos querían que se recitasen 50 salmos los otros 60 y algunos aun más. Esta santa contención duró hasta el oficio de la noche. Entonces se vió levantarse de en medio de ellos un personaje para cantar los salmos; todos los otros se sentaron al momento y le escucharon con atención. Así recitó once salmos con un tono igual y sin pararse, añadiendo al fin de cada salmo una oración. En fin habiendo concluido el salmo duodécimo con la respuesta *Aleluya*, desapareció repentinamente y al mismo tiempo terminó la contienda de estos solitarios y el oficio de noche que celebraban.

En conformidad, pues, á esta práctica se hizo la regla de los oficios en los monasterios de Egipto y de la Tebaida. Los monjes se reunían dos veces cada día en el oratorio; á saber, por la tarde y cerca de la media noche. Entonces cantaban doce salmos siguiendo la regla del ángel; pero no los cantaban todos juntos. No había mas que uno que se levantase, se colocaba en medio de los hermanos y cantaba ó recitaba el salmo en alta voz. Este no cantaba sólo todo los salmos; sino que los hermanos se sucedían unos á otros tres ó cuatro ó más. De suerte que si no había más que dos que pudiesen cantar, cada uno cantaba seis; si había tres cada uno cantaba cuatro; si había cuatro, cada uno cantaba tres.

Durante aquel tiempo los otros hermanos estaban sentados sobre pequeñas sillas muy bajas, atendiendo á las palabras de los salmos que trataban de seguir con el espíritu. Si el salmo era demasiado largo, se interrumpía por una pausa después de diez ó doce versículos, durante la cual los hermanos hacían una corta oración, ó meditaban sobre aquello que se había cantado. No se terminaban los salmos con el versículo *Gloria Patri*, etc., como hacemos hoy y como se hacía en las Galias; sino que se hacía una corta oración. Y en fin después del salmo todos los hermanos respondían *Aleluya*.

Después que se había concluido el canto de los salmos, se leían dos lecciones, una del Antiguo Testamento y otra del Nuevo. Esto es lo que se había añadido á la regla del ángel: « Pero quisieron, dice Casiano, que este aumento, que había sido establecido por ellos y no prescrito por el ángel, no obligase más que á aquellos que buenamente se quisieran someter á él, y que tratasen de adquirir la inteligencia y el recuerdo de la Escritura, con una meditación y una lectura continuas.

« Sin embargo, el sábado y el domingo estas lecciones se sacaban del Nuevo Testamento, una de las *Epístolas* de san Pablo ó de las *Actas de los Apóstoles*, y otra del Evangelio. Esto también se observaba en los cincuenta días después de Pascua. »

Casiano al principio del tercer libro, donde habla del oficio del día, hace notar de un modo especial que á excepción de la oración de la tarde ó de las vísperas y de la noche ó de los maitines, los solitarios del Egipto no ofrecían otras á Dios durante el día en ciertos intervalos de tiempo y de horas; sino que le ofrecían una oración continuada: « Pasando, dice, voluntariamente toda la noche en este santo ejercicio de alabanzas á Dios, que acompañan con el trabajo de las manos; pues aunque, añade, no pier-

dan un momento sin trabajar en sus celdas, no obstante jamás cesan de meditar sobre los salmos ó sobre lo restante de la Escritura. Así entremezclan sus trabajos con sus preces, y pasan todo el día en aquello que en otras partes no se celebra más que ciertos tiempos y en horas reglamentadas. »

Por esto parece que los monjes de Egipto no guardaban estas distinciones de horas de terciaria, sexta y de nona, como se hacía en la Palestina y en la Mesopotamia, en donde se recitaban tres salmos en cada uno de estos oficios, que terminaba con una oración ; pero si no recitaban estos oficios por intervalo, se vé por lo que dice Casiano que oraban más, pues en cuanto ejercitaban su cuerpo en el trabajo, en tanto ocupaban su espíritu en la meditación ó elevaban con frecuencia su corazón á Dios.

Después que los hermanos habían cantado los salmos y escuchado la lección de los Libros Santos, se postraban en tierra para adorar á Dios ; pero se levantaban casi al momento y aquel que presidía decía la colecta. Casiano también relata tres cosas que demuestran la exactitud de estos fervientes religiosos y su respeto al tiempo de la oración. La primera es que cuando al fin del oficio se levantaban para postrarse, no se arrodillaban instantaneamente y con precipitación como las gentes que se apresuran á terminar la oración ; sino que antes de arrodillarse rogaban derechos un poco de tiempo, después del cual se postraban. La segunda es que permanecían postrados poco tiempo, levantándose casi al mismo tiempo con aquel que debía decir la colecta ; de suerte que éste era el que determinaba el momento y la duración de la postración, sin que alguno se atreviera á prevenirlo, ni á permanecer más postrado. La tercera, que la razón por la cual no se permanecía más tiempo postrado, era que en esta situación uno estaba más sujeto á las distracciones y extravíos del pensamiento, que

uno se halla atacado del sueño con mas violencia, y que esta posición es mas cómoda para descansar que para orar ; es por esto que rogando casi siempre permanecian derechos.

Dice también que por más numerosa que fuese la asamblea de los hermanos para celebrar el oficio divino, todo el mundo guardaba en él un silencio tan profundo que se hubiera dicho que dentro de la iglesia no había más que aquel que cantaba los salmos en medio de los otros, cuyo silencio todavía se redoblaba cuando se concluía con la oración ; pues entonces nadie hubiera osado escupir, ni sonarse, ni toser, ni bostezar, ni aun suspirar : entonces no se oía más que la voz del sacerdote que terminaba la oración. Por esta razón no se prolongaba tal oración, por temor de que prolongándola demasiado, hubiera necesidad de interrumpir la atención y el ardor por algun incidente que obligara á salir á otro inconveniente cualquiera.

También da la razón por la cual los santos monjes cortaban los salmos en dos ó tres partes segun fuesen más ó menos largos. « Pues, dice, no era en la multitud de los versos donde hallaban sus delicias, sino en la inteligencia de aquello que decían. Creían que era más útil cantar sólo diez versículos con atención, que decir un salmo entero dejándose llevar por la distracción de sus pensamientos. Estas distracciones, añadía (y esto merece mucha atención), estas distracciones también algunas veces vienen de la precipitación de aquél que reza el salmo, cuando considerando el número y la longitud de aquello que aun resta á decir, no se aplica tanto á distinguir bien aquello que pronuncia y hacerse entender mejor de aquellos que le escuchasen, como á ver pronto el fin de aquello que dice y á terminar la oración. Y si alguno de los hermanos jóvenes, ó dejándose arrastrar por el furor de su celo, ó no estando aún instruido en las costumbres, quería recitar más salmos

que los marcados, el superior le hacía cesar al momento con un golpe de mano que daba sobre su silla, que era como la señal á la cual todos los otros se levantaban. »

Desde las vísperas del sábado hasta las del domingo no se arrodillaban, ni tampoco durante los cincuenta días después de Pascua; y en estos días ya no se practicaba más la regla de los ayunos ordinarios.

No se permitía despertar á los hermanos en la noche para el oficio, ni cambiar la hora á su voluntad. No la debía prevenir ni retardar; y era necesario que pusiera todo su cuidado en hacerlo siempre á la misma hora, rigiéndose para esto por el curso de las estrellas que observaba con atención.

Si algun hermano había sido retirado de la oración pública por alguna falta (penitencia muy en uso en aquel tiempo entre los monjes), ningún otro tenía la libertad de orar con él, ántes que se hubiese postrado en tierra para hacer penitencia de ella, y se hubiese reconciliado públicamente con su abad, quien le perdonaba su falta en presencia de todos los hermanos. Casiano da una razón de esta conducta que merece ser relatada, por ser muy instructiva. « Pues, dice, atreviéndose á detenerse con este culpable para hablarle ó para orar con él, se le volvería más insolente y se le nutriría más y más su audacia. Este consuelo cruel que se le quería procurar, le endurecería más su corazón, y le impediría humillarse cuanto debe de esta privación y separación de sus hermanos; así acostumbrándose poco á poco á no hacer gran caso de las reprimendas de su superior, ya no pensaría en satisfacer por su culpa, y dejaría de pedir perdón por ella.

En el tercer libro de las *Instituciones* Casiano habla principalmente de la disciplina que se observaba en los monasterios de Oriente sobre todo en los de la Palestina y de la Mesopotamia, referente al oficio. Aunque no nos hayamos

propuesto en este capítulo más que hablar de la disciplina de los solitarios en Egipto, también juntaremos á él lo que dice este autor de los otros en este tercer libro, para no interrumpir el análisis que damos de sus *Instituciones*.

Dice pues: 1º que había esta diferencia entre los monjes orientales y los de Egipto, « que estos no se reunían durante el día para orar juntos, fuera del oficio de vísperas y del de la noche, á excepción del sábado y domingo, en cuyos días se reunían todos á la hora de tercia á causa de la santa comunión. » Esto demuestra que regularmente comulgaban todas las semanas, mientras que los monjes de Oriente, se reunían á las horas de tercia, sexta y nona, y decían tres salmos y tres oraciones; « para que, dice, por la sucesión de estas horas reglamentadas se ofreciese á Dios una oración continua, y que no obstante esta moderación en el número de los salmos, no impidiese los trabajos del día. »

2º Da razón de la institución de los oficios á aquellas horas, diciendo que se había elegido la hora de tercia, por ser aquella en que el Espíritu Santo había descendido sobre los apóstoles; la hora de sexta, por ser ésta la hora en que Jesucristo se ofreció á su padre como una hostia sin mancha, y subiendo á la cruz para la salud de todo el mundo, con su sangre lavó en ella los pecados de todos los hombres; la hora de nona por ser ésta la hora en que Jesucristo descendió á los infiernos para sacar á los Santos cautivos. Estas son las principales razones que da, además de otras que sería demasiado largo el detallar.

3º Dice que el oficio de prima era de institución reciente que había empezado de sus tiempos en el monasterio de Belén; que había sido establecido para obviar el relajamiento de algunos, quienes, después de la oración de la noche dormían más tiempo del que debían, pensando que no estaban obligados á reunirse hasta la hora de tercia. « Por

esto, dice, algunos de los más fervorosos de los hermanos, á quienes esta negligencia y esta pereza desagradaban en extremo, presentaron sus quejas á los ancianos, quienes, después de haber meditado largo tiempo la cosa, y después de grandes deliberaciones, resolvieron que se dejara descansar á los religiosos desde los maitines hasta la salida del sol, en cuyo tiempo ya no se debía temer que se volvieran á acostar, y que entonces se les llamase para que fueran á cumplir todos juntos con este nuevo oficio.

4º Dice que aunque el establecimiento del oficio de prima también se hubiese extendido en los monasterios de Occidente y con muy grandes ventajas, no obstante en su tiempo se veía que en los más antiguos monasterios de Oriente, que no sufrían que se cambiase cosa alguna en la tradición y en las ordenanzas de sus Padres, no había sido recibido y no se practicaba.

5º Casiano se queja que algunos no viendo la razón por la cual este nuevo oficio había sido establecido, se apresuraban á concluirlo temprano para que pudieran tener aun algún tiempo para descansar, siendo precisamente esto lo que se había querido impedir al establecerlo. El se levanta contra este abuso, como objeto de grandes inconvenientes y añade: « Esto es lo que los solitarios de Egipto huyen con horror. Por esto cuando salen del oficio, aun prolongan sus vigilias hasta el amanecer, á fin de que al levantarse el sol los encuentre en este fervor de espíritu, y se conserven en él todo el día, después de haberse preparado tan bien desde el amanecer por las vigilias de la noche, y por las meditaciones espirituales á combatir el demonio durante todo el día. »

6º Dice que la introducción del oficio de prima nada había cambiado en la disposición de los otros oficios, y que en él se decía el mismo número de salmos y de oraciones; que en cuanto al oficio de laudes que en Occidente se decía

por la mañana, en Oriente se decía al fin de las vigilias de la noche que ordinariamente terminaban después que el gallo había cantado, y antes de la aurora.

7º Dice que aquellos que no se hallaban en los oficios de terciá, sexta y nona antes que el primer salmo fuese concluido, no osaban entrar en el oratorio para tomar sitio entre los otros; sino que permanecían á la puerta hasta que todo el mundo hubiese salido, y entonces se postraban delante de todos para hacer penitencia y obtener el perdón de su pereza. En cuanto al oficio de la noche se usaba alguna indulgencia. « Pues, dice, se permitía entrar al oratorio hasta que el segundo salmo fuese concluido, con tal que estuviera en su lugar antes que los otros hermanos se postrasen en tierra para hacer la oración que debía seguir á este salmo. »

8º Empezaban el oficio del sábado desde las visperas del viernes, y pasaban toda la noche en oración exceptuando dos horas de descanso que tomaban por la mañana para dar algún alivio al cuerpo, y para que después pudiese emplear lo restante del día en las obras y en los otros deberes necesarios. Sobre esto Casiano hace la siguiente observación: « Aquél, dice que, en lugar de quitar con prudencia una parte de aquello que debe á su cuerpo, se lo querrá quitar todo, se verá por fin obligado á pagarle toda su deuda; y necesariamente deberá devolver con usura al cuerpo aquello que le habrá quitado con esas vigilias indiscretas. Por esto estos santos varones dividen todo este tiempo de las vigilias en tres nocturnos diferentes, á fin de que estando el trabajo dividido por esta diversidad, alivie en cierto modo á su cuerpo abatido; pues después de haber cantado derechos tres antífonas, enseguida se sientan ó sobre el suelo ó sobre unas sillas muy bajas, y entonando uno de ellos los tres salmos que siguen, los otros le responden, y los van diciendo por turno según su categoría. Después de esto permanecen